



LA MONTAÑA

VOCERO DEL ABSOLUTO

Lic. Liliana Pincirolì

Ale  andriæ
.org

Biblioteca de formación para católicos

LA MONTAÑA, VOCERA DEL ABSOLUTO¹

Prof. Lic. Liliana Beatriz Pincirolí de Caratti

Entre los rasgos sobresalientes de la producción literaria argentina se destaca la presencia del paisaje territorial como configurador de caracteres humanos. Se trata de un espacio que se erige como elemento estructurante puesto que por él se explican tanto los diversos tipos humanos que aparecen en los textos como las situaciones existenciales a que deben enfrentarse.

Entre los diversos espacios que la riqueza y diversidad territorial argentina ofrece, la región cuyana se caracteriza por la presencia imponente de la montaña. Y esa montaña aparece en los textos de la región no sólo como paisaje de fondo sino especialmente como un espacio que permite y hasta exige la pregunta metafísica, el trato del hombre con la esfera de lo sobrenatural.

Desde los orígenes de la literatura occidental a nuestros días, puede rastrearse el motivo de la ascensión a la montaña como metáfora del ascenso

¹ Ponencia presentada durante *Segundas Jornadas de Historia y Literatura del Sur Mendocino: "Ecos y Voces de 200 años"*. Organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Secretaría de Extensión Universitaria), Instituto Sapientia e Instituto de Enseñanza Superior "del Atuel" 9 -011, en la sede de la FCAI, San Rafael, desde el 8 al 10 de septiembre de 2005.

espiritual. La hipótesis de este trabajo consiste en señalar cómo la montaña mendocina ha inspirado textos que se inscriben en ese motivo universal del ascenso espiritual, aunque sin diluirse en un símbolo trans-territorial pues mantiene siempre rasgos semánticos singulares.

MONTAÑA Y ASCENSIÓN ESPIRITUAL:

En la antigua Grecia, madre fecunda de nuestra literatura occidental, era común imaginar los montes poblados de dioses: el Olimpo, el Parnaso, el Helicón... La cercanía de las cumbres con los cielos permitía concebirlos como moradas divinas, donde los dioses apoyaban sus plantas.

Sitios de acceso reservado a los Inmortales, o a los héroes transfigurados después de la apoteosis, las cumbres de las montañas se constituyeron, desde entonces, como espacios ligados a la experiencia sacra o a la elevación espiritual. El ascenso a la montaña se identificó con una subida a las santas moradas de los dioses.

Y como sólo los puros, o los perfectos, pueden pisar suelo sagrado, el ascenso a la montaña tiene como correlato un trabajo de ascesis, de purificación interior.

En el siglo VI a.C. el poeta griego Simónides de Ceos confiaba a sus coetáneos:

“Hay cierto relato que cuenta
que la Virtud habita sobre rocas de difícil acceso,
donde la acompaña un santo coro de ninfas,
No es tampoco visible a las miradas
de todos los mortales, sino sólo a quien
le brota dentro el sudor de un ánimo esforzado,
y llega a la cumbre del valor.”²

Es claramente identificable en este texto la implicancia ascenso – ascesis: sólo los esforzados alcanzarán la Virtud que se oculta en las cumbres: la adquisición de la Virtud se equipara a una subida entre rocas de difícil acceso, recorrido que sólo los hombres dispuestos a realizar ese esfuerzo pueden emprender y coronar con éxito.

En la tradición véterotestamentaria es posible recoger imágenes semejantes: los Salmos -poesía lírica hebrea-, sitúan en las cumbres las moradas del Señor, e igualmente sostienen que hasta allí únicamente pueden acceder los perfectos; en el Salmo 15 pregunta el salmista:

“Yahveh, ¿quién morará en tu tienda?
¿quién habitará en tu santo monte?

² García Gual, Carlos. *Antología de la poesía lírica griega; siglos VII –IV*. Madrid, Alianza, 1989. Pág. 101.

El que anda sin tacha,
y obra la justicia;
el que dice la verdad de corazón,
y no calumnia con su lengua (...)”³

Y en el Salmo 24 repite:

¿Quién subirá al monte de Yahveh?
¿Quién podrá estar en su recinto santo?
El de manos limpias y puro corazón,
el que a la vanidad no lleva su alma,
ni con engaño jura”.⁴

Y ya en el Nuevo Testamento, elige Nuestro Señor Jesucristo la montaña como cátedra desde donde enseña, como vemos en el llamado “Sermón de la Montaña” : “Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó (...), y les enseñaba...” (Mt. 5,1) ; como refugio para rezar en soledad : “Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar” (Mt. 14, 23); como sitio apropiado para revelar su divinidad, en la Transfiguración:

³ Salmo 15 (14) 1 –3. Los textos bíblicos han sido tomados de la *Biblia de Jerusalén*. Madrid, Desclée de Brouwer, 1983.

⁴ Salmo 24 (23).

“...toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos” (Mt. 17, 1-2); y como estrado de su cruz, en el monte Calvario.

La tradición literaria cristiana recogió la imagen de la montaña como morada divina a cuyas cumbres tienen también acceso los hombres virtuosos. La misma ascensión se convierte en ejercicio de virtudes que permiten, llegando a la cima, penetrar en el lugar santo. La “Subida al Monte Carmelo” del poeta San Juan de la Cruz presenta un itinerario espiritual por las laderas de la montaña cuyo término es la santidad que se alcanza en la cumbre. Y de tal manera están ligadas estas nociones, que no es raro oír en el lenguaje popular expresiones tales como “las cumbres de la santidad” o “la cima de la gloria”.

Coinciden los aborígenes que poblaron Mendoza en ligar su culto a la montaña. Los huarpes eran politeístas, pero creían en un dios mayor, a quien llamaban Hunuc Huar: “Se trataba de un dios incorpóreo, benéfico, al cual respetaban pero también temían y que residiría en la cordillera”⁵. En cuanto a los Puelches, “parece que idolatraban a una piedra”⁶.

LA MONTAÑA COMO ESPACIO EXISTENCIAL:

⁵ Cueto, A. ; Romano, A. ; Sacchero, P. *Historia de Mendoza*. Mendoza, Los Andes. Fascículo 4, pág. 15.

⁶ *Ibíd*em, pág. 18.

El espacio americano, desde los orígenes de nuestra literatura, aparece abundantemente textualizado con un marcado énfasis en el influjo que ejerce sobre los hombres que lo habitan. No se trata de un telón de fondo, ni siquiera de un escenario: el espacio americano es configurador de un ethos, y la diversidad de territorios y relieves contribuye a la presencia de diversas fisonomías culturales identificables. Nos interesa el concepto de espacio y no de paisaje, puesto que ambos términos designan distintas realidades. Elena Calderón señala:

“El problema se resuelve con la noción misma de espacio y la diferencia entre ésta y la de paisaje o naturaleza.

“Si consideramos la noción de paisaje o naturaleza desde la perspectiva del narrador, es fácil advertir que ésta no compromete a dicho sujeto más que en una relación de observador (...) el paisaje o el fondo natural cobrará mayor o menor valor de acuerdo con la capacidad de observación del yo (...) Pero la noción de espacio es ... mucho más compleja; se conforma en una dimensión no tanto estética como de *coexistencialidad* entre el sujeto y su entorno: una especie de

habitat, si se quiere, que permite, a través de una serie de particularidades geofísicas, configurar un *tipo*.”⁷

En la Literatura Argentina, se ha señalado ya⁸ la “presencia de la Pampa” y su influencia en la configuración del *ethos* nacional, como tópico de nuestra literatura. Son más que conocidas las ideas al respecto de, por ejemplo, Sarmiento, en su *Facundo*. Pero con la Pampa no se agotan las posibilidades geográficas de la Argentina, aunque su presencia sea una constante en los discursos literarios de mayor divulgación.

El espacio en la región cuyana también impone su presencia en los textos con idéntico resultado.

En su trabajo sobre literatura regional, las profesoras sanjuaninas Abner, Krause y Klement⁹ distinguen en Cuyo tres dominios geográficos: montaña, travesía y oasis, y les atribuyen a estos espacios dos grandes grupos temáticos: la montaña y la travesía, merced a su geografía “desmedida y rigurosa”, son reveladoras de lo “sobrenatural que se hace

⁷ Calderón de Cuervo, Elena. *La crónica de Indias y el problema de los orígenes de las literaturas hispanoamericanas*. En: *La periodización de la literatura argentina; problemas, criterios, autores, textos*. Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina. Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, 1989. Tomo II, pág. 19 –31.

⁸ Pagés Larraya, Antonio. *La busca de la identidad en las letras argentinas: nexos y filiaciones*. En: *La periodización de la literatura argentina; problemas, criterios, autores, textos*. Op. Cit. Tomo I. Pág. 41 – 68.

⁹ Abner, Berta y otros. *Aproximación al concepto de literatura regional* En: Actas del Simposio de literatura regional, Salta, 1978. Universidad Nacional de Salta, 1980.

tangible al hombre”. Allí el hombre toma conciencia de su pequeñez e intenta establecer una comunicación con fuerzas superiores a sí mismo, ya sean celestiales o demoníacas. O se sume en la inquietud metafísica que le produce esa misma aprehensión de su inanidad. En tanto que en el oasis “la familia se asienta y se emparenta con otras compartiendo los mismos intereses y los mismos valores” por eso “los oasis configuran una segunda clase, caracterizada por la relación del hombre con el hombre, en familia y en sociedad, y por el quehacer humano dentro de su medio” .

Nos interesa en este trabajo el primer dominio: “montaña y travesía”, es decir, el paisaje natural que se convierte en el discurso literario en espacio dialógico, coexistencial con el hombre.

Particularidades semánticas de la montaña mendocina

1- Montaña e historia: La montaña mendocina tiene nombre y tiene historia: esa Cordillera de los Andes que recorre, vertebral, toda la extensión de la Argentina, se identifica en diferentes tramos de su trayecto no sólo con una rica diversidad étnica sino con hitos en la historia de los pueblos que se levantan a su sombra. El tramo mendocino está ligado a la configuración de nuestro ser nacional, desde que debió ser sometida para que la atravesaran las falanges libertadoras. La montaña, el cóndor y la figura

señera del Gral. San Martín aparecen textualizados en diferentes registros: la cueca, el romance, la épica.

La montaña se comporta como testigo de aquella gesta en el *Romance de los sesenta granaderos*¹⁰, de Alfredo Bufano:

“Agrias quiebras laberínticas,
blancos picachos enhiestos,
precipicios, altiplanos,
el limpio inmutable cielo,
claras lunas, anchos soles,
verdes ríos y arroyuelos
vieron pasar el fantástico
escuadrón de granaderos”.

Gesta que algunos llamarán cruzada, como canta Hilario Cuadros en *Los sesenta granaderos*: “Nuestra Señora de Cuyo/ contempló la cruzada de Los Andes”.

¹⁰ Bufano, Alfredo. *Romance de los sesenta granaderos*. En: *Poesías Completas*. Edición, estudio preliminar y notas de Gloria Videla de Rivero. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1983. Tomo III, pág. 818 –821.

Leopoldo Lugones en su poema *A Los Andes*¹¹ le canta a la cordillera con especial énfasis en su trayecto mendocino. Comienza el poema identificando la piedra con la historia. Esa piedra fue testigo pero también partícipe y hacedora de la historia patria:

“Moles perpetuas en que a sangre y fuego
Nuestra gente labró su mejor página”

Y versos más adelante retoma la idea:

“Graves y un poco torvas como ellas,
Serían ciertamente aquellas almas
De los héroes que un día las domaron
A posesivo paso de batalla.
Color de acero fino como ellas,
Por gemela blancura coronadas,
En esa intermediación de ideal y cielo
Que emblanquece las cumbres y las almas”

¹¹ Lugones, Leopoldo. *A Los Andes*. En: *Antología poética*. 8º ed. Selección y prólogo de Carlos Obligado. Buenos Aires, Espasa –Calpe, 1951. Pág. 99 –101.

Y en la cueca *Buscando las cumbres*¹², canta Ángel Salvat:

“Don José de San Martín,
diste libertad a América;
al frente de los cuyanos
venciste la Cordillera.

El fiel amor a la Patria
inflamó los corazones;
los Andes quedaron chicos
para tus bravas legiones”

A la magnificencia de la montaña corresponde, en correlato, el aura de gloria con que se rodea la empresa libertadora: gesta, cruzada, héroes... El ascenso a la montaña y su sometimiento sólo puede ser realizado por hombres grandes, esforzados, audaces, virtuosos.

El contacto con la montaña implica una purificación, al punto que la blancura de las cumbres se proyecta en la blancura de las almas, según la imagen de Lugones. Y los hombres que las surcan se mimetizan con el paisaje: ya son cóndores, ya águilas, ya pumas. El “Gran Capitán de

¹² Salvat, Ángel. *Buscando las cumbres; cueca*. En: *Alma de pie de gallo*. 2º ed. San Rafael, El Fortín, 1975. Pág. 25 –26.

América” es, en el romance de Bufano, águila, puma, viento, y “¡Sólo la nube y el cóndor / conocen sus pensamientos!”; en tanto que los granaderos:

“Hoy son sesenta aguiluchos
los sesenta granaderos,
mendocinos los sesenta
y los sesenta de hierro!

La causa de la libertad se ve coronada por el éxito, puesto que estuvo de por medio esa montaña que simboliza aquí las alturas del espíritu y la nobleza de los ideales.

Dice Salvat en la obra citada:

“Nos diste Patria gloriosa
con tu genio y tu bravura (...)
Buscando siempre las cumbres
La libertad se asegura.”

El poeta desplaza el motivo de la libertad de la Patria hacia la libertad del espíritu. Sólo la búsqueda de lo Alto es garantía de la auténtica libertad interior.

Julio Fernández Peláez tituló *La andíada*¹³ a su epopeya sobre la gesta sanmartiniana: el espacio adquiere carácter protagónico.

Por esto la montaña no es sólo paisaje en estos textos, sino espacio existencial. Haber domeñado la montaña es garantía de victoria en la ardua empresa de la emancipación nacional. Y es acorde a la majestuosidad de la cordillera, la grandeza de la hazaña.

2- Piedra y roca: Además del semema histórico, la montaña mendocina posee otro rasgo propio: su relieve es árido y rocoso, la piedra asoma a flor de piel. Los senderos de montaña que deben atravesar los granaderos son descriptos por Bufano, en el poema citado, como “arduos caminos roqueños” y como “fragosos caminos pétreos”. Para Lugones, la montaña tiene “brazos de peñasco y leña”¹⁴. El mocito de *El Negro Triángulo*, relato de Juan Draghi Lucero que pertenece a su libro *Las mil y una noches argentinas*¹⁵ – cuyo epígrafe es: “¡Padre Ande...!”-, debe marchar “...por pedregales amargos, trepando siempre ariscas cordilleras”. Llegando a las cumbres, “Se alzaban bravíos peñascos y duras nieves,

¹³ Para un análisis pormenorizado de este texto, remitirse a: Gloria Videla de Rivero. *La andíada* (1953), de Julio Fernández Peláez. En: *Literatura de Mendoza; espacio, historia, sociedad*. U.N.Cuyo. F.F. y L. CELIM. Mendoza, 2003. Tomo III, pág. 13 –38.

¹⁴ Lugones, Leopoldo. *A los Andes*. Op. Cit.

¹⁵ Draghi Lucero, Juan. *Las mil y una noches argentinas*. Ediciones Culturales de Mendoza –Facultad de Filosofía y letras, U.N.Cuyo. Edición facsimilar de la publicada por Kraft en 1953. Mendoza, 1992.

formando penitentes”. Pero ese espacio desolado es sitio ideal para la oración, pues el mocito allí: “echó pie a tierra y cayó de rodillas, rezando con el fervor de su fe inapagable. Ya purificado, volvió a montar y siguió cordillera adentro”. El joven de *Las tres torres de Hualilán* sobrevuela en un jote “mogotes y riscales tan altos y escabrosos que de sólo verlos daba espanto”. Así llegan a Hualilán, donde el joven se reconoce como el Inca, Hijo del Sol: allí, en un marco de montañas, se produce la anagnórisis. Y el negro esclavo de *La libertad del negro*, que debe pasar las noches en la cordillera para alcanzar la libertad, sufre los rigores de las cumbres: “Se acurrucó el esclavo entre los peñascos filosos”; “...la piedra lo mordió con sus húmedos filos helados”; “Piedra y viento lo enfrentaron a rebencazos”. Es venciendo esa misma piedra helada y hostil como logra su redención: en la cima de la montaña está su libertad. En ese espacio cordillerano, los diversos personajes de Draghi tratarán tanto con el Jesús del Ande, como con animales mágicos, y hasta con el mismo Diablo y aun hay lugar para el mito precolombino. Esa montaña desolada es sitio apropiado para los encuentros y revelaciones sobrenaturales.

Pero quien canta de modo singular a la montaña como piedra, porque halla en esa misma piedra un enigma, o porque él mismo es un enigma y

quiere descifrarse en presencia de la piedra, es Jorge Enrique Ramponi en *Piedra infinita*.¹⁶:

(...) “Parapetada en su baluarte
invicta en su reducto,
ancha y honda en su esfinge,
alrededor de sí sobre su piedra inerte,
apretada y henchida:
piedra en piedra de piedra.” (...)

El asombroso uso de metáforas radiales cuyo epicentro es la piedra –la montaña– demuestra el intento del poeta por aprehender su esencia, porque espera allí hallar una respuesta a sus inquietudes metafísicas. Como señala Jaime Correas¹⁷, “Para oír hablar a la piedra hay que saber penetrarla. Esa es la tarea del poeta para dar a conocer el misterio de su canto. La piedra es además *olvido de Dios ya dios del olvido*, es decir que pone en contacto con la religiosidad, con lo supremo”. La piedra es infinita porque es signo de lo Infinito: la montaña es vocera del Absoluto.

¹⁶ Ramponi, Jorge Enrique. *Piedra infinita; poema*. Edición facsimilar. Ediciones Culturales de Mendoza, 1991.

¹⁷ Correas, Jaime. *Ramponi: la construcción del infinito*. Estudio preliminar a Ramponi, Jorge Enrique. *Piedra infinita; poema. OP. Cit.* Pág. XXXVII.

3-Montaña y fe: La montaña mendocina está ligada a la religiosidad cristiana desde que cobija la imagen del Cristo Redentor, poetizada en *Los sesenta granaderos*, de Hilario Cuadros : “Ante el Cristo Redentor/ se arrodillaba un arriero”. Y en el mismo canto nombra el poeta a la Virgen de Cuyo: “Nuestra Señora de Cuyo / contempló la cruzada de los Andes”. La Virgen del Carmen de Cuyo, cuya imagen se venera en la Iglesia de San Francisco, en la ciudad de Mendoza, fue nombrada Patrona del Ejército de los Andes por el General San Martín, en 1817, y a ella donó su bastón de mando.

Alfredo Bufano, en su *Romance de los sesenta granaderos*, ya aludido, también nombra a esta Virgen que comandó al ejército: “El Gran Capitán ya cura/ ya sana el señor guerrero/ (...) Nuestra Señora la Virgen/ ha oído todos los ruegos”.

Y es para el mismo Bufano que Dios habita en las montañas: así nos lo hace saber en su *Romancillo del milagro*¹⁸:

“Dios bajó anoche
de las montañas.
Lo dice el árbol,
lo dice el agua,
lo dice el pájaro

¹⁸ Bufano, Alfredo. Op. Cit. Tomo II, pág. 467.

que vuela y canta.” (...)

Toda la naturaleza es, para Bufano, un canto de alabanza al Creador, y su contemplación, ocasión de confirmar su fe en Él:

“Cuando miro los cielos que formaste (...)

“Cuando veo los ríos que soltaste
de la alta cumbre, y la cambiante duna,
la flor del agua y la amarilla tuna (...)

“doy a volar la fe que en mí se encierra,
y digo en jubiloso hondo suspiro:
¡Cuán grande eres, Señor, sobre la tierra!”¹⁹

Y por eso en *Liturgia de la piedra* halla relación entre la fe y la montaña:

“Con esta roca pura color fuego
he de labrar mi fe, tranquila y fuerte;
¡mi fe, Señor, que a Ti cantando entrego
dichoso de la vida y de la muerte!”²⁰

¹⁹ Ibídem. Pág. 632.

²⁰ Ibídem. Pág. 428.

La montaña mendocina, con sus rasgos peculiares, participa del símbolo de la ascensión espiritual.

CONCLUSIÓN:

Que la Divinidad o la Virtud habiten en la cumbre de una montaña es signo de que sólo se accede a su presencia mediante el esfuerzo y la purificación. Pero si bien es cierto que se trata de una imagen plástica –las cumbres de la perfección pueden alcanzarse sin que uno deba para ello moverse de su propia casa-, no es menos cierto que la ascensión empírica a la montaña ensancha el corazón y lo aleja de las mezquindades, y que la imponentia de las cumbres anonadan al hombre y le posibilitan encontrar su verdadero ser. Es por ello que Lugones pide, en la estrofa final de su poema *A los Andes*:

“Llevadles a los niños que las vean.
Haced que se ennoblezcan de montaña.
Yo, que soy montañés, sé lo que vale
La amistad de la piedra para el alma.
La virtud en los montes se humaniza,
Cual toma buen olor la hierba amarga,

Y la pálida fuerza de los mármoles,
Por los cascos de hielo anticipada,
Abre en la libertad de su belleza
Ojos mejores para ver la Patria.”

La montaña está ahí, incólume, vocera callada del Absoluto. Solo hay que trepar a su cumbre y disponerse a oírla en silencio

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

- 1- Abner, Berta y otros. *Aproximación al concepto de literatura regional*. En: Actas del Simposio de literatura regional, Salta, 1978. Universidad Nacional de Salta, 1980.
- 2- *Biblia de Jerusalén*. Madrid, Desclée de Brouwer, 1983.
- 3- Bufano, Alfredo. *Poesías Completas*. Edición, estudio preliminar y notas de Gloria Videla de Rivero. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1983. (3 v.)
- 4- Calderón de Cuervo, Elena. *La crónica de Indias y el problema de los orígenes de las literaturas hispanoamericanas*. En: *La periodización de la literatura argentina; problemas, criterios, autores, textos*. Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina. Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, 1989. Tomo II, pág. 19 –31.
- 5- Correas, Jaime. *Ramponi: la construcción del infinito*. Estudio preliminar a Ramponi, Jorge Enrique. *Piedra infinita; poema..* Edición facsimilar. Ediciones Culturales de Mendoza, 1991.
- 6- Cueto, A.; Romano, A.; Sacchero, P. *Historia de Mendoza*. Mendoza, Los Andes. Fascículo 4.
- 7- Draghi Lucero, Juan. *Las mil y una noches argentinas*. Ediciones Culturales de Mendoza –Facultad de Filosofía y letras, U.N.Cuyo.

- Edición facsimilar de la publicada por Kraft en 1953. Mendoza, 1992.
- 8- García Gual, Carlos. *Antología de la poesía lírica griega; siglos VII –IV*. Madrid, Alianza, 1989.
 - 9- Lugones, Leopoldo. *Antología poética*. Selección y prólogo de Carlos Obligado. Buenos Aires, Espasa –Calpe, 1951.
 - 10- Pagés Larraya, Antonio. *La busca de la identidad en las letras argentinas: nexos y filiaciones*. En: *La periodización de la literatura argentina; problemas, criterios, autores, textos*. Op. Cit. Tomo I. Pág. 41 – 68.
 - 11- Ramponi, Jorge Enrique. *Piedra infinita; poema*. Edición facsimilar. Ediciones Culturales de Mendoza, 1991.
 - 12- Salvat, Ángel. *Alma de pie de gallo*. 2º ed. San Rafael, El Fortín, 1975.
 - 13- Videla de Rivero., Gloria. *La andíada (1953), de Julio Fernández Peláez*. En: *Literatura de Mendoza; espacio, historia, sociedad*. U.N.Cuyo. F.F. y L. CELIM. Mendoza, 2003. Tomo III, pág. 13 – 38.